

Orquesta, director y pianista en la cima



Mario Córdova

La Orquesta Filarmónica ha comenzado este 2026 con una exitosa navegación en aguas profundas en materia de repertorio de grandiosas sinfonías. Bajo batuta ucraniana, su primer programa ofreció hace pocos días una versión referencial de la Sinfonía N° 4, "Romántica", de Anton Bruckner y, antes del pronto arribo de la Sinfonía N° 3 de Gustav Mahler, dio un reciente gran paso con el abordaje de la Sinfonía N° 4 de Dmitri Shostakovich. Fue éste el debut oficial de Paolo Bartolomeolli como Director Titular de la agrupación, sellando a fuego que su batuta no se anda con chicas, al dejar clara su tendencia a liderar interpretaciones de gran calado, a toda orquesta. La sinfonía rusa lo demuestra, por ser extensa, plagada de complejidades sonoras y rítmicas, junto con demandar un recurso sonoro

gigantesco. Su amplio primer movimiento es extremadamente atípico, pudiendo calificarse como caleidoscópico y abrumador, por el infinito despliegue de temas tan fugaces, con ritmos e intensidades de contrastes muy marcados, que ponen a prueba tanto a cualquier nave orquestal que decida llevarla a bordo como al timón que la comande. Su llegada a la audiencia puede ser perturbadora – hueso duro de roer –, no logrando talvez captar una concentración cabal del oyente. Los movimientos siguientes, más enriados temáticamente, permiten adentrarse mejor en esta obra de tanta inquietud compositiva, trayendo sonos de marchas y vales de mayor aprehensión, culminando con una inesperada calma que tranquiliza el alma oyente después de momentos de dureza casi descontrolada.



Bartolomeolli y Aimard, ovacionados

La conducción de Bartolomeolli fue de una solidez comunicacional ejemplar con el centenar de dirigidos de esta ocasión. Pasando por sus mejores momentos, la Filarmónica respondió con máxima calidad, mostrándose

siempre atenta y vibrante.

Este programa tuvo como primera obra el Concierto para la mano izquierda y orquesta de Maurice Ravel con la colosal participación solista de una estrella de fama mundial: el francés Pierre-Laurent Aimard.

Fue ésta una monumental joya interpretativa. Ajeno a todo divismo e histrionismo este gran pianista brindó una entrega cuyo alto nivel de concentración tomó la ruta de la seriedad y bastante dramatismo. Tales rasgos fueron los mismos que sobresalieron en el marco orquestal impuesto por Bartolomeolli, quien se apresta para dirigir de inmediato la citada sinfonía de Mahler.

Dos días antes Aimard había ofrecido en el mismo Teatro Municipal de Santiago un recital igualmente colosal dedicado por entero a obras de Beethoven.